

Sobrevivir sin gobernar

JORGE BRAVO

Sólo los bárbaros pueden defenderse.
NIETZSCHE

El cuarto aniversario del gobierno de Vicente Fox estuvo enmarcado por dos sucesos que evidenciaron el deterioro político del país: la guerra de descalificaciones y acusaciones motivada por la aprobación del Presupuesto de Egresos de la Federación para el 2005, y los linchamientos en San Juan Ixtayopan el 23 de noviembre. En ambos casos se trató de acontecimientos cuyo paso a la complicación y a la confusión políticas fue resultado del tratamiento que los medios de comunicación le imprimieron a los hechos.

En el primer caso quedó demostrado, una vez más, que la lucha por el poder político sigue librándose en los mass media. Teniendo como fondo un paisaje de José María Velasco (el México bucólico y pacífico) y la bandera nacional, el Presidente Fox se dirigió a los ciudadanos en cadena nacional para denunciar a los diputados de oposición y acusarlos de propiciar un “parlamentarismo irreflexivo”, lo que Madison y Jefferson denominaron “despotismo electivo”. Los legisladores respondieron al mensaje del Ejecutivo con una serie de spots televisivos, octavillas electrónicas (en blanco y negro y voz en off; impersonales y sobrios; vestidos con algunas imágenes de archivo de desarrollo social). Mediante estos spots los diputados pretenden persuadir a la ciudadanía de que en efecto velan por su bienestar e intereses; el slogan así lo

demuestra: “la Cámara de Diputados te cumple”. (No profundizaremos en el tema de la controversia constitucional por tratarse de un asunto aún no resuelto.)

Los linchamientos, por su parte, representan las primeras víctimas mortales –con nombre y apellido: Víctor Mireles y Cristóbal Bonillas– como consecuencia de la profunda polarización entre las fuerzas políticas del país. Thomas Hobbes decía que la condición del hombre es una situación de guerra de todos contra todos. En este mismo sentido, Karl Schmitt creía –basándose en Maquiavelo– que la esencia de la política es el conflicto, la hostilidad y la intensidad que opone a los enemigos públicos.

Un alto mando de la Policía Federal Preventiva (PFP) admitió haberse enterado de los linchamientos en Tláhuac a través de los medios de comunicación. Los micrófonos y las cámaras de televisión llegaron al lugar de los hechos en una suerte de apreciación y “desciframiento documental del mundo visible”. A semejanza del Cine-Ojo del cineasta militante soviético Dziga Vertov, los reporteros registraron episodios de la realidad y consiguieron una enorme fuerza de evidenciación política ante una situación de conflicto social; alejados años luz del discurso –siempre complaciente– del poder. Dichas “producciones del Cine-Ojo están hechas fuera del estudio, sin actores, sin decorados, sin guión”.

El linchamiento proporcionó al medio televisivo sus dos materias primas predilectas: imágenes en directo y escenas impactantes, de violencia, comúnmente consideradas como sensacionalistas. Fue un acontecimiento



Jorge López

visual, narrativo, dramático, espectacular, documental y periodístico a la vez. Posibilitó aquello de lo que tanto se ufanan los hacedores de noticiarios: “mirad, estáis viendo cómo se hace la historia ante vuestros ojos”. La multitud permitió el paso a los reporteros porque “la presencia in situ de equipos de televisión desencadena, especialmente en caso de manifestaciones masivas, una efervescencia artificial vorazmente filmada por las cámaras” (Ignacio Ramonet).

Pero en realidad las televisoras decidieron unánimemente censurar las imágenes más crudas por razones de amplio criterio; en todo caso debemos cuestionarnos si los productores pueden abrogarse semejante derecho. El linchamiento como tal no se transmitió; sólo fue visible la multitud enardecida y vociferante, imágenes aéreas y de cámara al hombro de esa “masa que de pronto aparece donde antes no había nada”. Uno de los aspectos más grotescos fue la entrevista a uno de los policías, quien con su propio teléfono móvil se comunicó – “con

todo respeto” –a su superior para solicitarle apoyo. Testimonio último, en estado terminal; víctima y testigo de su propia muerte, porque testigo proviene del griego y significa mártir.

El abuso mediático consistió, más bien, en la repetición y retransmisión ad náuseam de los acontecimientos ocurridos en Tláhuac (sólo sustituidos por los tsunamis en el sureste asiático). Contra su costumbre, los conductores pasaron a segundo término, superados por el realismo y la contundencia de las imágenes. Sólo entraron en acción para protagonizar su propio linchamiento en contra de las autoridades capitalina y federal. Por si fuera poco, las imágenes dieron la vuelta al mundo: los noticiarios del orbe dieron cuenta del todavía “México profundo y bronco”, de los supuestos “usos y costumbres” de los habitantes de la Ciudad. El país fue noticia internacional aunque el Canciller Derbez haya asegurado que los linchamientos “no afectarán la imagen de México en el exterior” y los actos de desobediencia civil

no sean exclusivos de países subdesarrollados, sino una costumbre de todas las sociedades desde los tiempos de la guerra de Peloponeso.

Mucho puede decirse de las multitudes y de su sesgo violento. La que protagonizó el linchamiento en San Juan Ixtayopan fue una masa impulsada por el afán de destrucción, hasta el grado de incinerar a sus víctimas. Fue una masa de acoso con una finalidad específica: salió a matar, pues “todas las formas de ejecución pública dependen del viejo ejercicio de matar colectivamente” (Elias Canetti). Para Gustave Le Bon, autor de *Psicología de las masas*, un acto como el ocurrido en Tláhuac puede ser calificado legalmente, pero no psicológicamente, de criminal. En situaciones como aquella, la turba asume una doble función: se considera juez y verdugo; pero de ninguna manera se cree a sí misma asesina. Según Le Bon los factores que “redimen” psicológicamente al alma colectiva son la sugestibilidad, credulidad, movilidad, exageración de sentimientos buenos y malos y manifestaciones morales de las cuales fue objeto. Para el psicólogo francés “los crímenes de las masas son el resultado de una poderosa sugestión, y los individuos que toman parte en ellos están persuadidos después de que han cumplido con un deber”. Le Bon explica que la acción inconsciente de las masas sustituye la actividad consciente de los individuos.

Políticamente, el acontecimiento asume otras dimensiones aún más graves. Fue un típico acto de desobediencia civil, de violación y desafío públicos de la ley (a diferencia de la transgresión oculta de los delincuentes) y de la autoridad legítimamente establecida; fenómeno –por lo demás– propio de las desintegradas, complejas e inmanejables sociedades de masas; aquello que Hans Magnus Enzensberger califica como “perspectivas de guerra civil” y los marxistas conocen como “situación revolucionaria”.

Violencia colectiva que instrumentó la forma más extrema y flagrante de poder que es el todos contra uno;

violencia considerada como ultima ratio por un torrente humano aguijoneado por la impotencia (más aun que por la supuesta provocación de narcotraficantes y guerrilleros) de las instituciones y de un ordenamiento jurídico carentes de poder para actuar. “La desobediencia civil surge –dice Hannah Arendt– cuando un significativo número de ciudadanos ha llegado a convencerse de que ya no funcionan los canales normales de cambio y de que sus quejas no serán oídas o no darán lugar a acciones ulteriores” para remediar los delitos que ofenden a la sociedad. Allí donde el Estado no cumple con su razón de existir –la salvaguarda de la integridad física y los derechos de sus miembros, el mantenimiento del orden público, la resolución y arbitraje de los conflictos y la toma de decisiones con base en las reglas del juego democrático–, “sólo vale la violencia” (Frantz Fanon) para equilibrar en lo posible la balanza de la justicia; sobre todo esa “violencia irreprimible” y furiosa (Jean-Paul Sartre), según la cual “los oprimidos sueñan por lo menos una vez al día con ponerse en el sitio del opresor” (Arendt). Es indudable –con William O’Brian– que “hay momentos en que la violencia es la única manera de conseguir que se escuche la moderación” ante la prepotencia de quienes se dicen defensores de la ley y el orden.

Mueve a risa quienes en sus artículos periodísticos recriminan a la turba por no haber indagado a priori la labor investigadora y anticrimen de los agentes de la PFP, cuando fue precisamente el hecho de saber que eran policías (aunque inocentes) lo que enardeció aún más a la multitud. De haberseles preguntado el motivo de su permanente presencia en el poblado, los agentes federales tenían la obligación de no responder, debido justamente al trabajo de inteligencia que estaban desempeñando en contra del narcomenudeo y presumibles actividades subversivas de grupos guerrilleros. Fue la golpiza lo que los hizo hablar... y ya ningún agresor quiso creerles.

La violencia no es legítima, pero encuentra infinidad de justificaciones. Aquella que se amalgamó en San Juan Ixtayopan, con todas las seguridades y posibilidades que conlleva pertenecer a una masa, se explica como desprecio a la autoridad y sus recursos (la ley y las instituciones). La erosión de la autoridad gubernamental y su incapacidad para funcionar adecuadamente se traduce en lo que desde el año 2000 se ha trocado en una nefasta institución: la ineficacia política, consecuencia –junto con la inexperiencia de los nuevos gobernantes– del prolongado autoritarismo.

Lo ocurrido a los agentes de la PFP es el resultado de una “nueva” forma de hacer política, claramente apreciada y formulada por Adolfo Aguilar Zinser: se trata de la “política deliberada de no intervenir” (Reforma, 01-12-04), tan del agrado del Secretario de Gobernación, Santiago Creel, y de Andrés Manuel López Obrador, quienes se guardan perfectamente de no actuar por conveniencia. No se trató de un acto de templanza, de no cometer mayor violencia; sino de pusilanimidad, de miedo político o de debilidad mal-intencionada por parte de los gobiernos federal y capitalino.

“Gobernar consiste en tomar decisiones, no en no tomarlas” (Giovanni Sartori), y la principal materia prima de la política es la acción; el término gobierno proviene del griego y se refiere al arte del timonel cuya función es guiar hacia el futuro con base en información. Sócrates decía que “los cielos nunca ayudan al hombre que no quiere actuar”. La característica principal del actual Estado moderno democrático es el monopolio de la fuerza legítima. El uso ineficaz de ésta o la indecisión para emplearla es un factor que termina por transferir facultades a los poderes fácticos como la delincuencia organizada, las empresas e incluso las turbas linchadoras. La obediencia de los ciudadanos se pierde cuando la autoridad no está dispuesta o es incapaz de utilizar la fuerza cuando se ve amenazada por la violencia. Según Bertrand de Jouvenel, los pueblos constru-

yen patíbulos y castigan de peor manera al débil que al déspota; la historia abunda en ejemplos de lo anterior. En las democracias el poder coercitivo está respaldado por la autoridad, y ésta, a su vez, por la legitimidad, el prestigio y el respeto. Es por ello que la crisis de la democracia se entiende como una crisis de autoridad. Este constante deterioro del poder político genera un juego de suma negativa donde todas las partes involucradas pierden, con excepción de los mencionados poderes fácticos, y se le suele llamar con el nombre de ingobernabilidad.

Cierto: el haber actuado contra los agresores de San Juan Ixtayopan también implicaba un costo político, pero subsanado por la noción de autoridad y una adecuada comunicación política. En última instancia las decisiones que se asumen en los sistemas políticos dependen de procesos de comunicación y procesamientos de información para tener la capacidad de reaccionar frente a los acontecimientos. Más bien el costo a pagar por no haber intervenido fue aún más alto, pues nadie exigió un operativo prepotente ni espectacular (como ocurrió los días posteriores al linchamiento), sino profesional, mucho menos una matanza de los habitantes involucrados. Como acertadamente dice John Stuart Mill: “El único fin por el que se puede ejercer legítimamente un poder sobre cualquier miembro de una comunidad civilizada, contra su voluntad, es para evitar daño a los demás.”

La eficacia –en cambio– es la capacidad de encontrar soluciones a los conflictos básicos del sistema político, por lo demás abundantes y jamás definitivamente resueltos, cuya resolución requiere por fuerza de gestiones entre bastidores, negociaciones laboriosas, acuerdos momentáneos y treguas de coyuntura. Con Sartori decimos que “las elecciones no resuelven problemas, deciden quién habrá de resolverlos”. Arnold Toynbee llama a lo anterior “función de inteligencia creadora”, y culpa a los gobernantes por el fracaso para

inventar y ejecutar nuevas respuestas eficaces frente a algún desafío que se presenta al Estado o a la sociedad, en ocasiones con consecuencias trágicas para las civilizaciones. Precisamente el problema de las democracias –como han observado diversos analistas– es la calidad de los dirigentes. Nuestra elite en el poder (apócrifa en el sentido clásico de no ser los mejores, aunque sean poderosos) representa con mayor claridad a ese tipo de aprendiz de brujo (aún ignorante en el conocimiento y la pericia para el manejo del juego de la política, como es el caso de los “profesionales” de la misma) que se adapta perfectamente al no menos genial axioma de Max Weber: vive de la política y no para la política.

La experiencia y consecuencias de los linchamientos en San Juan Ixtayopan nos recuerdan una de las tantas

advertencias de Maquiavelo: “Después de un (gobernante) excelente se puede mantener uno débil, pero después de uno débil, ningún (gobierno) puede sostenerse si el sucesor es también débil.” El peligro de la sentencia del político florentino consiste en que los electores (sobre todo en regímenes democráticos tambaleantes) se dejan engañar por líderes autoritarios quienes buscan a toda costa confundir autoridad con exceso de la misma. En este caso prefiero concluir con Baruch Spinoza: “Estas turbas no me inducen al llanto ni a la risa, sino más bien a filosofar y a observar mejor la naturaleza humana...” incluida la de los políticos. 🐱

beltmondi@yahoo.com.mx



Alberto Calzada